

TURQUÍA COMO UN ACTOR INTERNACIONAL CRECIENTE

Como parte del reposicionamiento turco del siglo XXI, el gobierno de Recip Tayyip Erdogan, ha adoptado una política exterior cada vez más activa, rememorando algo de su pasado imperial. Sectores civiles y militares turcos consideran que su país es una potencia regional emergente con fuertes capacidades demográficas, económicas y comerciales. Tiene fronteras con ocho Estados y el 74% de la población total (84.339.067 personas) profesa el islam sunita. Desde 1928, Turquía es oficialmente secular. Sin embargo, el islam tiene un fuerte peso en la sociedad y la política.

Entre 2014 y 2016, Turquía promovió la política de “cero conflictos” con los vecinos y la mediación en disputas internacionales. Asimismo, impulsó medidas no militares (*soft power*), como la apertura de embajadas en África y América Latina, cooperación al desarrollo Sur-Sur, influencia cultural (en particular mediante la exportación de series de TV), coauspició la Alianza de Civilizaciones y fue miembro no permanente del Consejo de Seguridad de la ONU. Turquía fomentó inversiones en los Balcanes y Medio Oriente y la creación de una zona de libre comercio con Siria, Jordania y Líbano.

En el conflicto palestino-israelí, Turquía desempeña un papel importante: Israel y Turquía se enfrentaron diplomáticamente en 2010 por la flotilla humanitaria para Gaza, que fue apoyada por el gobierno de Ankara. Las buenas relaciones comerciales y militares se redujeron sustancialmente. Turquía apoya la causa palestina y ha criticado a Estados Unidos por trasladar su embajada de Tel Aviv a Jerusalén, en contra de múltiples resoluciones de Naciones Unidas. Bahrein y Emiratos Árabes Unidos (EAU) han reconocido recientemente a Israel y cortado sus ayudas a los palestinos. Ankara ha aprovechado la ocasión auspiciando la primera de una serie de reuniones en Estambul para mediar entre las facciones palestinas enfrentadas de Fatah y Hamas.

Turquía, además, apoya a Qatar contra las presiones de Arabia Saudí y los Emiratos Árabes Unidos y es crítico del gobierno egipcio por su represión a los Hermanos Musulmanes. Pese a estas divergencias, hay algunos indicios de que las relaciones con Israel podrían mejorar, si se toma en cuenta las últimas declaraciones de ambos Estados en foros internacionales.

Erdogan adoptó una posición más bien activa con motivo de la “primavera árabe”, cuando apoyó a los Hermanos Musulmanes en Egipto y a milicias islamistas contra Bashar al Asad en Siria. Diferentes escuelas de pensamiento han promovido desde el final de la Guerra Fría que Turquía tenga una visión expansiva de sus intereses y compita con las monarquías sunitas del golfo Pérsico por la hegemonía regional. En la actualidad, se habrían fusionado las escuelas islamistas del Partido por la Justicia y el Desarrollo (PJD) con la nacionalista, antioccidental y proasiática, en la que coinciden civiles y militares, que propugna la proyección de fuerzas y el establecimiento de bases militares, la reivindicación de derechos marítimos y ganar espacios geográficos, incluyendo varias islas bajo soberanía griega.

Durante la Guerra Fría, Turquía era un fuerte aliado de Occidente como miembro de la OTAN y del Consejo de Europa. Debido a su posición geográfica y sus características culturales, en la que conviven el islam con una fuerte tradición secular, se le consideraba un puente con Oriente a la vez que un muro de contención frente a la influencia de la ex URSS y, en particular desde septiembre de 2001, del islam político radical. Este esquema no estuvo exento de problemas: Ankara está enfrentada a Grecia, otro miembro de la OTAN, por la soberanía de Chipre desde que Turquía invadió el Norte de esta ex colonia británica en 1974. En 1983 declaró

la República Turca del Norte de Chipre, que no ha sido reconocida por la comunidad internacional. Chipre está dividida con una misión permanente de observación de Naciones Unidas. En agosto pasado las tensiones entre Grecia y Turquía renacieron cuando el gobierno de Erdogan ordenó hacer prospecciones de gas en aguas de Chipre que están en disputa con Grecia. Israel, Grecia, Chipre, Italia y Egipto están firmando acuerdos de cooperación para explotar el gas en el Mediterráneo y venderlo a Europa, pero Turquía considera que tiene derechos sobre esos yacimientos. Alemania está tratando de mediar entre Grecia y Turquía, pero la cuestión ha dividido a los aliados de la Unión Europea (UE) y de la OTAN. Mientras tanto, Estados Unidos se ha alineado con Grecia.



El escenario en Chipre. Fuente: www.ilya.it

Ankara tiene una carta fuerte ante la UE: la presencia de los millones de refugiados de Siria y otros países que esperan en su territorio la oportunidad de marchar hacia Europa. Ankara hizo un pacto con la UE en 2016 para contener a los refugiados a cambio de 6.000 millones de euros.

La situación de los kurdos es otra fuente de conflictos con Occidente. La población kurda, alrededor de 20 millones, se extiende a lo largo de cuatro países (Irak, Siria, Turquía e Irán). En el caso turco, ocupan parte de Anatolia oriental, donde viven alrededor del 55% de los kurdos, que representan cerca del 20% de la población total de Turquía. Durante décadas, Ankara ha combatido duramente los intentos independentistas de los kurdos. Desde 2015, el gobierno intensificó la represión sobre políticos y miembros de la sociedad civil kurda. En octubre de 2019, tropas turcas entraron en territorio sirio de Idlib y atacaron a las organizaciones kurdas Partido de la Unidad Democrática de Siria (FDS) y su brazo armado, las Unidades de Protección Popular (YPG). Estas combatían contra el Estado Islámico con el apoyo de Estados Unidos, Francia y Reino Unido. Erdogan consideró que la autonomía que tenían los kurdos en Siria, podría alentar el secesionismo de los kurdos en Turquía. Estados Unidos anunció en octubre que retiraba sus 2.500 efectivos de esa operación. A partir de entonces, Bashar al Asad reconquistó parte del territorio kurdo sirio y se fortalecieron las relaciones entre Turquía, Rusia y Siria.

En octubre de 2019, tropas turcas entraron en el territorio sirio de Idlib

y atacaron organizaciones kurdas. Fuerzas turcas y rusas se coordinaron para controlar la región. La OTAN criticó la operación turca y Erdogan contestó que su país puede lanzar acciones de seguridad nacional "sin pedir permiso a nadie".

A pesar de lo anterior, Rusia y Turquía intervienen en lados contrarios en la guerra civil en Libia, el país con las mayores reservas de petróleo de África. En diciembre del 2019, el gobierno turco anunció que incrementaría el apoyo militar al Gobierno del Acuerdo Nacional (GAN) de Libia, que cuenta con el apoyo de Naciones Unidas contra la ofensiva liderada por Khalifa Haftar, comandante militar del expresidente Muamar Gaddafi. El Gobierno de Acuerdo Nacional reconocido por la ONU, controla la parte occidental del país gracias al apoyo militar turco y de Qatar, Italia y los Hermanos Musulmanes. El general Haftar es apoyado por los EAU, Egipto, y Jordania. Por su parte, Rusia estaría financiando a aproximadamente 1000 mercenarios, según publica Le Monde.

Francia y Turquía se han enfrentado, debido al papel ambiguo de París, pero inclinándose en favor de Haftar, tratando de establecer una alianza con Rusia. El gobierno de Emmanuel Macron tiene también disputas con Ankara por el acceso a fuentes de energía en el Mediterráneo oriental. A cambio de su apoyo, Turquía ha obtenido del frágil gobierno libio la creación de una zona marítima exclusiva en el Mediterráneo, con el fin de competir con los proyectos de Grecia y Chipre.

La renovación del acuerdo sobre la contención de los refugiados sirios en territorio turco, se ha complicado por el intento de Ankara de relocalizarlos en parte de Siria, y las relaciones económicas entre las dos partes están alteradas por la crisis financiera turca.

Un desafío para los intentos rusos de mantener su hegemonía en el antiguo espacio soviético, lo representa la política turca en Nagorno-Karabaj, territorio que se disputan Armenia y Azerbaiyán y que motivó un reciente boletín de este Centro de Estudios. Rusia mantiene un delicado y controvertido equilibrio, facilitando armas y mediación, entre las dos partes, pero Moscú se encontró con que Turquía, que siempre ha apoyado diplomáticamente a Azerbaiyán, ahora le estaría facilitando armas y, según algunas versiones, financiando mercenarios.



La zona de conflicto entre Armenia y Azerbaiyán. Fuente: www.infogate.cl

Las relaciones geopolíticas entre Rusia y Turquía han girado desde el siglo XXI alrededor del control de los Balcanes, el mar Negro, el Cáucaso y la influencia en Medio Oriente. Aunque tienen posiciones diferentes en varios conflictos, comparten una visión estratégica: tanto Erdogan como Putin consideran que el mundo es multipolar y que sus países merecen, junto con China y otros emergentes, una cuota de poder mayor frente a Estados Unidos y Europa.

Las afinidades entre Moscú y Ankara, se aprecian

principalmente como una asociación de conveniencia que sirve para proteger los intereses nacionales de las dos partes: el deseo turco de contar con una política exterior más autónoma y el de Rusia de desafiar la relación de Turquía con la OTAN. Pese a las discrepancias regionales, los dos países tienen una estrecha relación económica: Rusia es el tercer socio comercial de Turquía y su principal proveedor de energía, y le construirá una planta nuclear. En enero pasado, los dos países decidieron seguir adelante con el proyecto de un gasoducto de 930 kilómetros que cruza el mar Negro (y evita el paso por Ucrania) para proveer gas a Europa.

Las relaciones con Estados Unidos y Europa son también contradictorias. Washington trata de que el gobierno de Erdogan no se incline totalmente en favor de Irán. El gobierno turco critica que el gobierno de Trump abandonase el acuerdo internacional sobre el programa nuclear iraní de 2015. Estados Unidos y la OTAN tienen en Turquía la importante base militar de Incirlik, desde la cual ha realizado operaciones, entre otras, en Irak y Afganistán. Erdogan ha amenazado con cerrarla. Estados Unidos se ha negado a extraditar a Fetullah Gülen, opositor a Erdogan.

El 2019 el gobierno turco se inclinó por adquirir de Rusia el sistema de defensa antimisiles S-400 Triumph, alegando que Washington no le había querido vender misiles Patriot en 2017, lo que le costó perder la opción de acceder al F-35. En este escenario, es improbable que en un plazo medio se negocie la integración de Turquía a la UE.



Foto: El sistema S-400. Fuente: www.bbc.com

En nuestro continente, Ankara está presente también en las tensiones alrededor de la crisis política venezolana. Junto con la Unión Europea, está tratando de que se alcance acuerdos entre sectores enfrentados de la oposición en Venezuela sobre la participación en las elecciones legislativas convocadas para diciembre próximo. La UE se inclina a que se participe con condiciones, y Estados Unidos se opone.

En síntesis y desde la perspectiva de la UE, Turquía tiene una triple identidad: es un socio estratégico de Europa, especialmente en la economía y el comercio; es un adversario en el Mediterráneo Oriental y Oriente Medio; y un jugador contrario en la OTAN. Pero lo más importante, es un actor internacional con agenda propia, en el recuerdo de lo que fue el Imperio Otomano. Con nuestra región y más allá de la exportación de series de TV y la fuerte migración con pasaporte turco que se produjo hace un siglo, se aprecia un interés económico demostrado en múltiples acuerdos comerciales y tratados de libre comercio, como el que rige con Chile desde 2011, junto con un interés político expresado en 13 embajadas en Latinoamérica.